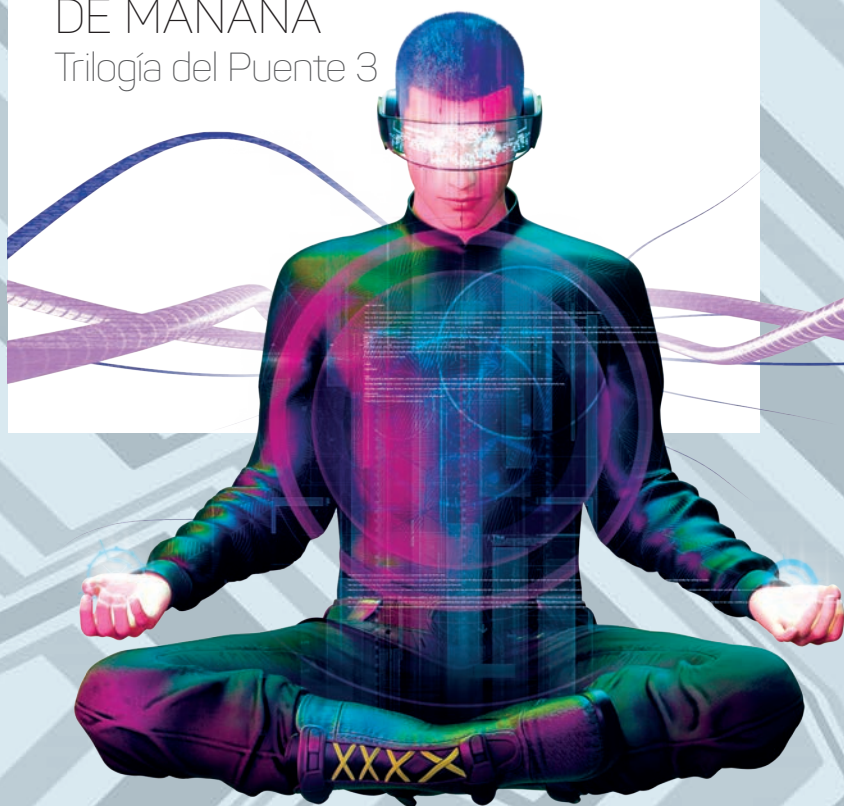


minotauro

WILLIAM GIBSON

TODAS LAS FIESTAS
DE MAÑANA
Trilogía del Puente 3



WILLIAM GIBSON

TODAS LAS FIESTAS
DE MAÑANA

minotauro

Todas las fiestas de mañana

© 1999 by William Ford Gibson
Originalmente publicado como *All Tomorrow's Parties*.

© Traducción: Darío Aguilar Pereira

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0949-9
Depósito legal: B. 16.095-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Inscríbete en nuestra *newsletter* en: www.edicionesminotauro.com
Facebook / Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Ciudad de cartón

A través de la marea vespertina de rostros anónimos, indistintos, entre apresurados zapatos negros, paraguas cerrados y la multitud que desciende como un solo organismo al sofocante corazón de la estación, llega Shinya Yamazaki, con su cuaderno apretado bajo el brazo como las huevas de alguna especie marina, modesta pero capaz de una supervivencia moderada.

Evolucionado para hacer frente a codazos, a las bolsas de la compra enormes de Ginza y a los maletines despiadados, Yamazaki y su pequeña carga de información se adentran en las profundidades de neón. Hacia un afluente de relativa tranquilidad, un pasillo cubierto de azulejos que conecta dos escaleras mecánicas paralelas entre sí.

Columnas centrales revestidas de cerámica verde sostienen un techo plagado de ventiladores cubiertos de polvo, detectores de humo, altavoces. Tras las columnas, contra la pared más lejana, cajas de embalaje abandonadas se amontonan en una hilera desigual que hace las veces de refugio improvisado construido por los sin techo de la ciudad. Yamazaki se detiene, y en ese momento se percata del bullicio oceánico de los

pies de los demás viajeros, ahora que ha dejado de quedar reprimido por la concentración que había puesto en conseguir su objetivo. Yamazaki desearía profunda y sinceramente encontrarse en otro lugar.

Contrae el rostro en un violento gesto de dolor cuando una joven madre, cubierta con microporo de Chanel, le pasa un cochecito caro de tres ruedas por encima de los dedos de los pies. Yamazaki espeta una disculpa brusca y vislumbra al pequeño pasajero a través de unas cortinas flexibles de una especie de plástico teñido de rosa, y el resplandor de un monitor de vídeo parpadea mientras su madre se aleja empujando el cochecito con determinación.

Yamazaki suspira, sin que nadie le oiga, y se dirige cojeando hacia los refugios de cartón. Se pregunta por un instante qué pensarán los viajeros de la estación al verlo entrar en la quinta caja desde la izquierda. La altura de la caja apenas le llega al pecho, es más larga que las otras, con una forma que recuerda a la de un ataúd, y un cartón blanco corrugado lleno de manchas de dedos que le sirve de puerta.

Piensa que quizás no lo vean. Del mismo modo que él nunca ha visto a nadie que saliera o entrara por la puerta de alguna de esas chabolas ordenadas. Es como si sus habitantes se volvieran invisibles en el convenio que permite que tales estructuras existan en el contexto de la estación. Es un estudioso de la sociología existencial, y este tipo de convenios siempre le han interesado particularmente.

Y ahora titubea, luchando contra el deseo de quitarse los zapatos y dejarlos al lado de un par de sandalias de plástico amarillo de aspecto grasiento, colocadas junto a la solapa de cartón de la entrada sobre un papel Parco de envolver regalos doblado con minucio-

sidad. No, piensa, imaginando que lo abordan en el interior, luchando contra enemigos sin rostro en un laberinto de cartón. Mejor no estar descalzo.

Vuelve a suspirar y se arrodilla mientras sostiene el cuaderno con ambas manos. Se queda así durante un instante, escuchando los presurosos pies de los que pasan detrás de él. Después deja el cuaderno sobre los azulejos del suelo de la estación y lo empuja hacia delante, por debajo de la solapa de cartón corrugado, y lo sigue a gatas.

Desea desesperadamente haber encontrado al fin la caja correcta.

Se queda paralizado ante una luz y un calor inesperados. El único halógeno instalado en la diminuta habitación la inunda con la frecuencia de la luz del sol en el desierto. Sin ventilación, calienta el lugar como la jaula de un reptil.

—Entra —dice el anciano, en japonés—. No dejes el culo asomando así.

Está desnudo del todo excepto por una especie de taparrabos retorcido que quizás alguna vez fuese una camiseta roja. Se encuentra sentado, con las piernas cruzadas, sobre un tatami andrajoso salpicado de pintura. Sostiene una figura de juguete pintada con colores brillantes en una mano, y un pincel fino en la otra. Yamazaki observa que se trata de una reproducción a escala, un robot o un exoesqueleto militar. Resplandece bajo la luz brillante como el sol, en azul, rojo y plata. Hay herramientas pequeñas dispuestas sobre el tatami: una navaja de afeitar, un cúter para las rebabas de las maquetas y pliegos de papel de lija.

El anciano es muy flaco y está cuidadosamente afeitado, pero necesita un corte de pelo. Mechones grises le cuelgan a ambos lados de la cara, y tiene la boca fija

en lo que parece una mueca de desaprobación permanente. Lleva puestas unas gafas con una montura voluminosa de plástico negro y unas lentes que de tan gruesas resultan arcaicas. Dichas lentes reflejan la luz.

Yamazaki se adentra a gatas en la caja de cartón y siente cómo la puerta se cierra tras él. Tendido, apoyado en las manos y los pies, resiste el impulso de inclinar la cabeza en una reverencia.

—Él está esperando —dice el anciano, con la punta del pincel suspendida sobre la figura que sostiene en la otra mano—. Ahí dentro.

Se limita a indicarlo con la cabeza.

Yamazaki ve que la caja de cartón se ha reforzado con los tubos utilizados por el servicio de correos, un sistema que recuerda a la tradicional arquitectura de postes y vigas de Japón, con los tubos atados entre sí mediante cintas de paquetes de regalo recicladas. Hay demasiados objetos en el lugar, en aquel espacio minúsculo. Toallas y mantas y cacerolas en estanterías de cartón. Libros. Una pequeña televisión.

—¿Ahí dentro?

Yamazaki señala lo que cree que es otra puerta, parecida a la entrada a una madriguera, cubierta a modo de cortina por el retazo de una manta de color amarillo melón rellena de espuma, el tipo de manta que uno encuentra en un hotel cápsula. Pero la punta del pincel desciende para tocar la figura, y el anciano se desentiende del mundo exterior debido a la concentración que requiere dicho acto, así que Yamazaki se arrastra a cuatro patas por aquel espacio reducido hasta lo absurdo y aparta a un lado la manta. Oscuridad.

—¿Señor Laney?

Lo que parece ser un arrugado saco de dormir. Huele a enfermedad.

—¿Sí? —Un quejido—. Estoy aquí dentro.

Yamazaki respira hondo y entra a gatas, empujando el cuaderno ante él. Cuando la manta de color amarillo melón cae sobre la entrada, la luz brilla a través del tejido sintético y la fina capa de espuma, como una propia del trópico vista desde las profundidades de una gruta de coral.

—¿Laney?

El estadounidense emite un gemido. Parece que se vuelve, o que se sienta. Yamazaki no lo ve. Algo cubre los ojos de Laney. El parpadeo rojo de un diodo. Cables. El débil brillo del interfaz, reflejado en una línea delgada sobre el pómulo sudoroso de Laney.

—Ahora estoy muy metido —dice Laney, y tose.

—¿Metido en qué?

—No te han seguido, ¿verdad?

—No creo.

—Lo sabría si lo hubiesen hecho.

Yamazaki siente cómo el sudor empieza a transpirar desde sus axilas y se desliza por sus costillas. Se obliga a respirar. El aire está viciado ahí dentro, espeso. Piensa en las diecisiete variedades de tuberculosis resistentes a medicamentos conocidas.

Laney respira, entrecortadamente.

—Pero no me están buscando, ¿verdad?

—No —dice Yamazaki—, la buscan a ella.

—No la encontrarán —dice Laney—. Ni aquí. Ni en ningún sitio. Ni ahora.

—¿Por qué huiste, Laney?

—El síndrome —dice Laney y tose de nuevo, y Yamazaki siente el suave y profundo temblor del siguiente tren magnético que viene de las profundidades de la estación; no una vibración mecánica, sino el aire desplazado por un émbolo enorme—. Al final pudo conmigo. El 5-SB. El efecto acosador.

Yamazaki oye pasos apresurados junto a él, quizás a un metro de distancia tras el muro de cartón.

—¿Te hace toser?

Yamazaki parpadea, lo que hace que sus lentes de contacto nuevas se muevan de forma molesta.

—No —dice Laney, y tose en la pálida mano levantada—. Es un virus. Aquí lo tiene todo el mundo.

—Me preocupé cuando desapareciste. Empezaron a buscarte, pero cuando ella se fue...

—Se armó la gorda.

—¿La gorda?

Laney acerca una mano a los fonoculares aparatosos y desfasados y se los quita. Yamazaki no ve lo que se reproduce en ellos, pero la luz oscilante de la pantalla ilumina los ojos hundidos de Laney.

—Todo va a cambiar, Yamazaki. Estamos llegando a la madre de todos los puntos nodales. Ahora lo veo. Todo va a cambiar.

—No te entiendo.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? No cambió cuando pensaban que lo iba a hacer. El milenio era una celebración cristiana. He estado observando la historia, Yamazaki. Veo los puntos nodales de la historia. La última vez que tuvimos uno parecido fue en 1911.

—¿Qué sucedió en 1911?

—Que todo cambió.

—¿De qué manera?

—Cambió, sin más. Así es cómo funciona. Ahora lo veo.

—Laney —dice Yamazaki—, cuando me contaste lo del efecto acosador dijiste que las víctimas, los que se habían sometido a la prueba, se obsesionaban con alguien de los medios de comunicación.

—Sí.

—¿Y tú estás obsesionado con ella?

Laney lo mira fijamente, con los ojos iluminados por una estela de datos.

—No. Con ella no. Con un tío llamado Harwood. Cody Harwood. Aunque se van a encontrar. En San Francisco. Y alguien más. Deja una especie de rastro negativo; tienes que deducirlo todo por la manera en que él no está allí...

—¿Por qué me pediste que viniera, Laney? Este lugar es horrible. ¿Quieres que te ayude a escapar? —Yamazaki piensa en las hojas de la navaja suiza que tiene en el bolsillo. Una de ellas tiene filo de sierra; podría abrirse camino fácilmente a través de la pared. Pero el espacio psicológico es fuerte, muy fuerte, y puede con él. Se siente muy alejado de Shinjuku, de Tokio, de todo. Huele el sudor de Laney—. No estás bien.

—Rydell —dice Laney, volviéndose a poner los fonoculares—. Ese poli privado del Chateau. Al que conocías. Ese que me habló de ti cuando estaba en Los Ángeles.

—¿Sí?

—Me hace falta un hombre sobre el terreno, en San Francisco. He conseguido mover algo de dinero. No creo que lo puedan rastrear. He jodido al sector bancario de DatAmerica. Encuentra a Rydell y dile que se lo quede como anticipo.

—¿Para hacer qué?

Laney niega con la cabeza. Los cables de los fonoculares se mueven como serpientes en la oscuridad.

—Tiene que estar allí, eso es todo. Va a pasar algo. Todo está cambiando.

—Laney, estás enfermo. Déjame que te lleve...

—¿De vuelta a la isla? Allí no hay nada. Nunca lo habrá, ahora que ella se ha ido.

Y Yamazaki sabe que es cierto.

—¿Dónde está Rez? —pregunta Laney.

—Se fue de gira por los Estados Kombinat, cuando se convenció de que ella se había marchado.

Laney asiente pensativo, con los fonoculares moviéndose arriba y abajo como una mantis religiosa en la oscuridad.

—Convence a Rydell, Yamazaki. Te dire cómo conseguirle el dinero.

—Pero ¿por qué?

—Porque es parte de ello. Parte del nodo.

Más tarde, Yamazaki eleva la vista hacia las torres de Shinjuku, los muros de luz animada, significado y significativo girando hacia el cielo en ese ritual interminable del comercio, del deseo. Rostros inundan las pantallas, iconos de una belleza a un mismo tiempo horrible y banal.

En algún lugar bajo sus pies, Laney se acurruca y tose en su refugio de cartón, con DatAmerica al completo presionándole los ojos sin parar. Laney es su amigo, y su amigo no está bien. El talento peculiar del estadounidense con los datos era consecuencia de los experimentos llevados a cabo con una sustancia conocida como 5-SB en un orfanato federal de Florida. Yamazaki ha visto lo que Laney puede hacer con los datos, y lo que estos a su vez pueden hacer con él.

No desea verlo otra vez.

Baja la mirada de los muros de luz, de los rostros de los medios de comunicación, y siente cómo sus lentes de contacto se mueven, cómo cambian junto con la profundidad del enfoque. Es algo que aún lo hace sentir incómodo.

Cerca de la estación, en una bocacalle brillante como el día, encuentra uno de esos kioscos que venden tarjetas de débito anónimas. Compra una. En otro kiosco la usa para comprar un teléfono desechable con treinta minutos de conversación Tokio-Los Ángeles.

Le pregunta a su cuaderno el número de Rydell.